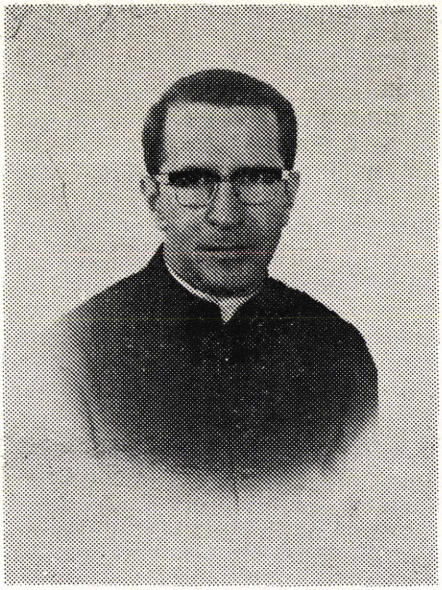
INSPECTORIA SALESIANA
"San Luis Beltrán"
Medellín - Colombia



PADRE
ALFONSO ARBOLEDA MENDEZ

Medellín, Octubre 15 de 1977.

Queridos Hermanos

El 1º de septiembre del corriente año nuestra Inspectoría de San Luis Beltrán de Medellín (Colombia) se vistió de luto. **El Padre Alfonso Arboleda Méndez** dejaba su puesto en el surco del trabajo, obediente al Padre Celestial que lo llamaba para el pago ofrecido a quienes comparten con D. Bosco el pan y el trabajo.

Presentar a un hermano ante la Familia Salesiana en demanda de oraciones y sufragios no es tarea difícil, como tampoco lo es esbozar su biografía. Lo arduo es pergeñar siquiera su personalidad, adentrarse en la mina interior de sus valores, de su espiritualidad, máxime cuando se quiere suscitar, no tanto la admiración, cuanto la imitación.

El P. Alfonso nació el 8 de agosto de 1918 en Pitalito, hermosa población del departamento del Huila, tierra de hombres recios, acostumbrados desde la niñez al duro trabajo de la tierra y a la lidia del ganado, que los hace impávidos ante el peligro y, casi estoicos, frente al dolor sin mengua de exquisita sensibilidad.

Su hogar tenía las características de la clásica y tradicional familia colombiana del agro en la cual andan parejas la virtud con la hidalguía, la laboriosidad con el respeto a Dios, la compasión al pobre con la generosidad y el amor a la superación con la sencillez.

Da la estatura moral de sus progenitores, Simón Arboleda y Raquel Méndez, la calidad de hijos que formaron para la sociedad y para Dios. Tres de ellos siguieron al Señor en la vida consagrada: un salesiano, el P. Alfonso, una Hija de María Auxiliadora y una Sierva de Cristo Sacerdote.

Su padre ocupó curul de senador de la República en varios períodos y honró el parlamento con la integridad de su vida y con la altura y justedad de sus conceptos. De él recibió el P. Alfonso no sólo el límpido ejemplo de fidelidad a las ideas y el respeto a la verdad sino la ambición de sobresalir en todo lo que fuera noble. Por eso se trasladó a la capital en busca de ciencia y se matriculó en el ya famoso colegio salesiano de León Trece que gozaba fama de seriedad intelectual y moral. Muy próximo a optar el título de bachiller descubrió la sublimidad de la vida religiosa. Se enamoró del carisma salesiano vivido por quienes eran sus superiores y con valor hizo de lado la frivolidad contagiosa de sus condiscípulos

y pidió admisión al noviciado. No era fácil creer que ya había en él una decisión. Su posición económica, su rara inteligencia que presagiaba éxito en cualquier carrera profana, sus escarceos juveniles, daban pie para la duda. Pero, era verdad. Había entendido que su vida tenía un gran valor y que merecía dársela a la juventud, por amor a Dios.

En el año de noviciado, 1935, estructuró su personalidad salesiana captando el significado del lema "Trabajo y Oración".

Como joven maestro, durante el tirocinio en el colegio León Trece puso de manifiesto su capacidad y resistencia para las lides intelectuales. Hombre de disciplina, la supo exigir, y rígida, para obtener el orden, garantía de rendimiento académico.

Una vez más, dió testimonio de que su decisión había sido madurada a tiempo: no esperó, como era casi costumbre, el sexenio de votos temporales para la consagración perpetua. A sólo cautro años de la primera profesión fue admitido a la definitiva, el 18 de enero de 1940.

Con su habitual ponderación y seriedad se entregó a la preparación al sacerdocio, reverenciado en su hogar y soñado desde su niñez. Hizo los estudios teológicos en Mosquera (Colombia) y en New Rochelle (Estados Unidos). Mons. Luis Andrade Valderrama le confirió el presbiterado el día 9 de julio de 1944 en Bogotá, y desde ese mismo día empezó a ser, realmente, el "dador de lo sagrado" doquiera lo destinaron sus superiores. Como Don Bosco, se mostraba sacerdote en todas partes y en todo oficio. Hombre de tan diversas aptitudes pudo desempeñar con éxito los distintos cargos que la Comunidad le pidió: profesor, animador pastoral, ecónomo, y cuando se ofreció a los salesianos la dirección del Colegio San Luis Gonzaga que la diócesis de Garzón (Huila) tenía en Elías, el P. Bertola, inspector en aquel tiempo, pensó inmediatamente en el P. Alfonso para primer director de una casa que prometía abundantes vocaciones sacerdotales. El ofrecimiento resultaba, no propiamente un honor, sino una gran responsabilidad que demandaba un gran espíritu de abnegación, dadas las condiciones de ubicación, estado de la construcción, y antecedentes del plantel que había gozado fama de ser emporio de la intelectualidad huilense, pero que pasaba por una etapa difícil.

Con los entusiasmos de la juventud, confiado en María Auxiliadora y, por qué no?, en sus personales fuerzas, el P. Alfonso encaró muy a lo salesiano el trabajo que se le brindaba.

En pocos meses ya había conquistado, con su simpatía, e innegables capacidades, a toda la comunidad educativa: profesorado, padres de familia y alumnos. Bastaron cuatro años, para dejar una huella profunda de auténtica salesianidad y para que la buena fama del plantel se esparciera por todos los rincones del departamento. La oficina, la cátedra y el púlpito exigían frecuentemente su presencia que, dada su fortaleza física, no revelada por su contextura exterior, a todo atendía con exquisita brillantez.

Fueron varios los colegios que en la Inspectoría se lucraron de sus excepcionales dotes de organizador y en los cuales ejerció el directorado: Elías, Instituto Industrial de Pasto, Colegio de Cartagena y de Tuluá.

Como el pescador ávido de éxito en su oficio trata de detectar el mejor sitio para lanzar su red, así el sacerdote apóstol, convertido en pescador de almas busca situarse en las zonas más necesitadas de su ministerio, sobre todo cuando se desea ser imitador del Don Bosco que escogió por lema "dame almas y quédate con lo demás". Así el P. Alfonso al ver agudizarse los problemas sociales en nuestra nación, consciente de la urgencia de catequistas, de sacerdotes, de maestros en la vasta zona del Ariari prefectura apostólica confiada a los salesianos, no sosegó hasta lograr su nombramiento para dicha parcela de la misión salesiana. Y ante el inca-

lificable asombro de quienes juzgan insensatez dedicar un intelectual al trabajo con gentes de nivel cultural modesto, partió lleno de optimismo para las misiones del Llano ilímite, a comienzos del presente año.

Monseñor Héctor Jaramillo, actual Prefecto apostólico, gran amigo y admirador suyo, consideró bendición de Dios el regalo que le enviaba en la persona de un sacerdote abnegado y capaz. Con acierto le confió la parroquia de Fuentedeoro cuyas gentes desorientadas por influjo de animadores protestantes necesitaban un guía prudente, convincente y ejemplar. Pocas semanas bastaron para que las familias valoraran los quilates del nuevo y auténtico pastor. Con él llegó la alegría hecha música en las cuerdas de su guitarra, hecha luz en sus hermosas y comprensivas homilías, hecha verdad en sus sabias enseñanzas, hecha amor en su caridad y en su piedad.

Por eso lo lloraron de veras. Y no salían de su estupor la tarde triste del 1º de septiembre cuando se les comunicó que el querido P. Alfonso había muerto en Bogotá, en la clínica donde, una semana antes, había sido operado de cáncer estomacal.

Quien, lo mismo que Don Bosco, supo mostrarse sacerdote en todas partes, sublimó su testimonio sacerdotal en la cruz del dolor. Sus últimos momentos son toda una catequesis, una predicación al par que una autobiografía.

Nos lo cuenta con sorprendente fidelidad el P. Jaime Rodríguez, secretario inspectoral de Bogotá y quien estima como una gracia de Dios el haber podido acompañar al P. Alfonso en sus últimos días y así, ser testigo excepcional.

El pudo constatar cómo ,con optimismo, esperó siempre la recuperación para poder retornar al Ariari, su pensamiento constante durante los nueve días de clínica. Impactaba su exquisita delicadeza al agradecer cualquier favor que se le dispensase; pero más que todo, su piadosa devoción en la concelebración el día de su operación. Dos días después de ella sufrió un violento infarto del miocardio y se le habló, entonces, de la Unción de los enfermos que aceptó con edificante piedad y tranquilidad. Una de sus hermanas le habló de su extrema gravedad, pero pareció no darse cuenta y siguió haciendo proyectos para el futuro. En la concelebración del domingo, 28 de agosto, pidió por los médicos, las enfermeras y por todas las personas que lo atendían.

Después empezó a empeorar lentamente y a sentirse fatigado; con todo, se mostraba tranquilo, sonriente y siempre agradecido.

El relato de su último día en la tierra nos lo describe así, el P. Jaime Rodríguez: "El miércoles se agravó mucho. No parecía pudiera amanecer. Estaba perfectamente lúcido. Cuando le dije que tenía muy mal el puso, me preguntó: cómo así? Le respondí que él estaba muy grave. Preguntó: entonces, ésto es definitivo? Le respondí que sí. Se quedó sereno; dijo: 'Qué sabroso que le digan a uno las cosas así de claras. Pues que se cumpla la voluntad de Dios'. Rezamos juntos; dio gracias por su vida, sus seres queridos, su vocación sacerdotal salesiana, por haber llegado hasta la meta por la Comunidad, por los hermanos. Renovó los votos y su opción por D. Bosco.

Le propuse que celebráramos la Misa. Aceptó gustoso. Pidió que todos se salieran, porque, dijo en voz alta, 'quiero reconciliarme'. Lo confesé, le dí la absolución y la indulgencia plenaria. Entraron nuevamente sus familiares y varias Hijas de María Auxiliadora. Empezamos la concelebración; todo el sentido de las oraciones y lecturas fue de entrega al Señor y del encuentro inminente con El. El P. Alfonso estaba muy fatigado y el corazón en funcionamiento enloquecido. Siguió la misa con más unción

que nunca. Para la consagración extendió las manos, pero hubo que sostenérselas. Con gran dificultad pronunció las palabras de la consagración; luego siguió musitando, en voz baja, las demás plegarias. El Padrenuestro lo recitó en voz alta. Nos dio a todos la paz con un abrazo fraternal y estrecho. Comulgó y terminó la misa. Fue algo inolvidable! Agradeció, de nuevo, todo, especialmente esta misa.

Posteriormente habló de vez en cuando, sereno y, en momentos, hasta jocoso. Preguntaba cuántas horas le faltaban para morir. Oraba con cariño... Poco a poco se fue tranquilizando el problema cardíaco y la misma fatiga. Fue perdiendo el conocimiento y pocas horas después de celebrada su última misa, murió". Hasta aquí, el P. Rodríguez.

Qué difícil es la resignación ante estos golpes si no se posee un fundamento sólido de fe y de esperanza. En el cielo hay un siervo más para glorificar a Dios, pero en la misión del Ariari queda un inmenso vacío en espera del suplente; un rebaño que pide pastor.

El Santuario del Carmen que el 9 de julio de 1944 se había colmado de familiares y amigos para ver subir al altar al novel ungido del Señor, volvió a llenar sus naves de hermanos en la carne y en Comunidad, de religiosas y pueblo cristiano para asistir al solemne funeral con que la Iglesia despide a sus hijos que ingresan al Reino. Presidió la concelebración Mons. Héctor Jaramillo y 27 sacerdotes inmolaron al Cordero que se ofreció en rescate para todo hombre.

Monseñor Jaramillo, al enterarse de la serenidad con que dió el paso de este mundo a las manos de Dios y de cómo llegó a ese último instante con la convicción de que curaría, aseveró que lo había admirado el máximo orden que encontró en los libros de cuentas y objetos de la parroquia. Ninguna cuenta pendiente, el libro de las misas al día, etc. Detalles todos reveladores del hombre metódico y ordenado, del hombre que vive conforme al consejo de Cristo: "estad preparados".

Hermanos! entiendo que el fin de las cartas mortuorias de uso en nuestra Comunidad es, sin duda, ofrecer a los socios los ejemplos edificantes que nos han brindado aquellos que compartieron con nosotros las horas de lucha y de alegría, de trabajo y de oración; los que con nosotros buscaron la altura a que nos llama Dios por los caminos que nos trazó Don Bosco; y, además, para que al ver la luz sobre el candelabro, agradezcamos a Dios las joyas con que adorna nuestra Congregación y nos decidamos a conocernos mejor, a amarnos más sinceramente y no desanimarnos en el duro camino de la perfección.

Como nunca dudamos de las aseveraciones hechas por Don Bosco, podemos estar ciertos de que para el P. Arboleda su mayor consuelo a la hora de su muerte fue el amor que profesó a María Auxiliadora y los esfuerzos que hizo por inculcar y extender su culto.

Con cariño de hermanos elevemos nuestras súplicas al Señor Misericordioso y pidámosle que siga enriqueciendo a nuestra Inspectoría y a la Prefectura del Ariari con salesianos santamente entusiastas, y luchadores perseverantes en la heredad que nos legó D. Bosco: las clases populares y la juventud.

P. Bernardo Vélez R. S.D.B.
Delegado Inspectoral para la Pastoral de Adultos.

Sac. ALFONSO ARBOLEDA: Nació en Pitalito (Colombia) el 8 de Agosto de 1918. Murió en Bogotá (Colombia) el 1º de Septiembre de 1977, a los 59 años de edad, 41 de profesión y 33 de sacerdocio. Fue Director durante 16 años